

Los Libros

«LOS HUÉSPEDES ILUMINADOS», de Joaquín Martínez Arenas

Una sugerente y esquemática portada de Edmundo Campos, una tapa gris, de un gris sobrio y reposado, serenar el espíritu y predisponen a penetrar en las páginas de este libro de poesía de Joaquín Martínez Arenas. *Los Huéspedes Iluminados* nos presentan una poética original y sesuda, exenta de esa común sensiblería que se ha dado en llamar «poemas», porque es fácilmente «entendida» por el grueso público, ávido de llantos y abandonos. Martínez Arenas no sollloza, sin dejar de tener una raíz romántica; no es oscuro, a pesar de ser subjetivo. Hay allí un lento y absorto meditar sobre los fenómenos existenciales. Una disciplinada mente controla la lógica de las ideas y las encamina hacia el sentimiento; hacia una nostalgia agresiva y tremante. Es un «retorno a lo perdido», una modalidad proustiana:

«Era el desvelo de una estrella tiernamente en el asombro. Al ver su blancura comprendí que su retorno era posible, pero sin presencia, en el rumor de una fragancia».

«En el rumor de una fragancia», imagen exacta de su poesía evocativa. «*Los Huéspedes Iluminados*», de Martínez Arenas, son los que dicen: emociones claras, analizadas, desmenuzadas.

a la luz de un razonamiento equilibrado y viril. Quiere arrancarse el dolor, hacerlo inocuo a fuerza de decirle a la inteligencia que toda lágrima es inútil. Y esconde sus lágrimas. Panteísta, canta a la naturaleza, a la piedra, al árbol muerto, a la luna, al paisaje de invierno y estas cosas inanimadas viven y se humanizan al contacto de su sensibilidad:

«Heme aquí: en mis manos y en mi sangre,
sin llorar y llorándome sin llanto,
arrastrado de sombra y sin dulzura,
deshojado de asombros, disgregándome,
con mi tierno esqueleto frente a mi alma».

Algo de cósmico, los huéspedes llegan, y:

«Allí se duermen las mujeres dulces
que habitaron mi asombro sin tristeza,
que habitaron mi hogar de sexo y vino,
mi silencio de claustro o mi destierro
con su incendio de rosa y tierno aroma».

Todo el libro está como recorrido por un estremecimiento, de raíz de vida gris y honda, de invierno espiritual, desolado, de desencanto prematuro ¡Qué infancia triste debe haber tenido ese niño, de espíritu analítico, ya desde la cuna «mordiéndole la espontaneidad el dulce goce de lo cotidiano»! Debió haber sido un muchacho serio, de pocos amigos, escudriñador del alma de los demás. Cuando joven ya sabe que:

«Nadie escucha este canto de agua y sombra.
Nadie sabe tocarlo con el alma desnuda del jazmín.
Por él vivo en mi origen, desvelado de raíces y océanos,
sobre viejas calles, acuarios y transeúntes fugitivos.

«Sin embargo, me sorprende: existo en la morada de mi voz,
en calles barridas por gritos metálicos y serpientes...».

La ciudad es fea, llena de maldad, de envidia:

«Huyo sin saber de mí, con ojos agudos cubiertos de verde,
por la selva incontenible de mis recuerdos más lejanos».

Se refugia en sus recuerdos, «Huye y vuelve». «Toda mañana la vida parece nueva, más unida a la esperanza». Se defiende y no espera nada de nadie. No anhela prematura publicidad ni ostentación política. Martínez Arenas tiene la capacidad para figurar en política y se va a hacer la oscura obra de la organización campesina. Puede figurar y prefiere esconderse. No desea glorias ni dinero mal obtenidos. Es un poeta recio, un alma sensitiva, orgullosa y exigente con su propio destino. Y ese es el tono de su poesía: viril, filosófica, con una ternura áspera, cósmica, que no gustará al que busque amor empalagoso. El poeta en referencia es el arquetipo del chileno, del roto que calla y observa y nada pide. Confía en la suerte, es fatalista. Su ritmo lento, su poesía sin exabruptos, pero profundamente humana; ni el sexo lo saca de su hieratismo. Este hombre sensual, fuerte de cuerpo, no siente el amor apasionado:

«Ensayo (¡oh, agreste costumbre del amor!) atardeciendo
Y eres tú, quién viene a mí, ¡oh! silvestre, estrella virgen,
a encenderme con tu embriaguez y labios de jardín».

En «*Los Huéspedes Iluminados*» saludamos a una nueva modalidad poética, de médula, sin malabarismos inútiles.—L. G.



27 MUJERES EN MI VIDA. Memorias, por Carlos Préndez Saldías.—
Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago.

Tal vez en un ámbito literario o social menos limitado que el nuestro, la publicación de estas memorias amorosas de Préndez Saldías no habría tenido las estruendosas repercusiones que aquí han alarmado los oídos pacatos y no pacatos.